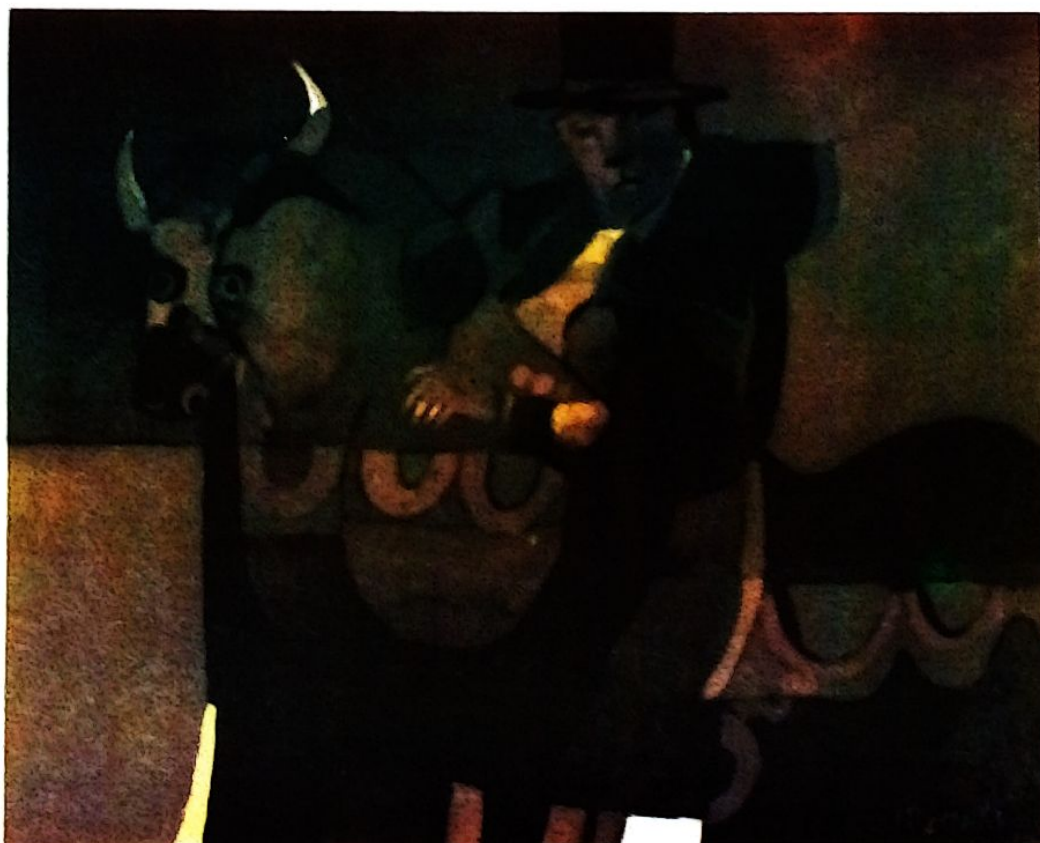


Se le aparece cada quincena



Charles Bukowski • Ulalume González de León

Simone Weil • María Negroni • Roque Dalto

José Franz Medrano Solares • Guiomar Mesa

LA PATRIA

suplemento orureño de cultura

año XV n° 380 Oruro, domingo 9 de diciembre de 2007



**ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA**



Erasmo Zarzuela Chambi
Devoto V 80 x 70

Los Angeles, California

Mi ideal de vida es aquí, donde están los proxenetas, negros, donde suena la música, donde las máquinas de discos tocan en los bares, donde las luces están encendidas, ahí es donde hay vida. Estás en un tugurio bulliciosos y algo está pasando. Creo que la degradación, los proxenetas y las prostitutas son las flores de la tierra. En esos tugurios hay una gran felicidad. Es animación. Cuando limpias la ciudad, la matas.

Charles Bukowski



el duende
 director: luis urquieta m.
 consejo editor: alberto guerra g. (f)
 benjamín chávez c.
 erasmo zarzuela c.
 coordinación: julia garcía o.
 diseño: david ángel llanes
 casilla 448 teléf. 5276816-5288500
 elduendeoruro@yahoo.com
 lurquieta@zofro.com

Definición hermética

(fragmento)

H.D

[16]

Semilla
 de ajonjolí,
 diminutos gránulos
 ensartados
 en un hilo blanco
 o rojo,
 ¿se partirán
 en mi aguja?,
 ¿necesito un dedal?
 semilla
 de ajonjolí
 del Asia del Sur,
 tan lejana,
 ¿qué hay entre una y otra?,
 cáñamo-semilla,
 ¿fleur de chanvre?
 de la India?
 tal es el hachish supérieur
 del sueño,
 ¿será mejor enhebrar
 semillas de amapola?
 son demasiado pequeñas;
 rendían culto a los Astros
 en lo alto de las torres,
 dites tours à parfum.
 No necesito un rosario
 de ajonjolí: sólo
 someterme a la prueba de los días,
 la realidad...
 el ligero,
 ligero,
 ligero,
 ¡oh!, aroma de rosas
 en este cuarto.



Traducción: Ulalume González de León

Datos y detalles de la genial pensadora francesa:

Vida y obra de Simone Weil

El 3 de febrero de 1909 nace en París, Simone Adolphine Weil. Segunda hija de Bernard Weil, un médico judío de la Alsacia y Selma Reinherz, judía Rusa. El primer hijo de ambos, André, nacido en 1906, es un niño dotado de capacidades deslumbrantes. A los ocho años por sí sólo aprende griego en sus diccionarios escolares. En 1915, como regalo de año nuevo para su padre, André enseña a leer en un mes a su pequeña hermana Simone, quien, sin embargo, sería considerada mediocre frente a sus compañeras de escuela en los años sucesivos. En 1917, por ejemplo, Simone acusaba un carácter dubitativo y sufría constantes retrasos en escritura debido a que tenía las manos demasiado pequeñas e hinchadas por la mala circulación. Sin embargo, un par de años más tarde obtiene excelentes resultados tanto en letras como en matemáticas en el liceo Fenelón, aunque sus deficiencias persisten en cartografía y dibujo. En ese período, hasta 1921, Simone, aún teniendo dos años menos que el resto de sus compañeras, organiza Los Caballeros de la Mesa Redonda, una asociación para ejercer la caridad y ayudar en los estudios a compañeras menos dotadas. Lee con pasión los Pensamientos de Pascal y escribe un cuento: Los duendes del fuego.

Poco después entre 1922 y 1923 Simone sufre una depresión profunda y considera la posibilidad del suicidio, pero logra reponerse y durante los tres años siguientes asiste a las clases del filósofo Le Senne quien la considera una de las estudiantes más brillantes que ha tenido en toda su carrera docente. También asiste, en compañía de su madre, a las sesiones de lectura que impartía Jacques Copeau y se recibe bachiller en filosofía en 1925 en el liceo Victor Dury. Para entonces Simone lee a Whitman y Stendhal.

Entre 1925 y 1928 Simone asiste a los cursos del filósofo Emile Chartier "Alain" quien sería considerado su verdadero maestro. Es en esa época que conoce y cultiva una amistad con René Chateau, Jacques Ganuchaud y Simone Pètremont, con quienes se reúne en su casa y discute hasta altas horas de la noche, mientras fumaba intensamente. Sus filósofos favoritos son Descartes, Platón, Kant y Spinoza.

En 1927 se va por primera vez a trabajar al campo, a Normandía, por un breve período.

En 1929 repite esa experiencia en el Jura. Ese mismo año publica sus primeros artículos en la revista de Alain "Libres Propos": La percepción, o la otra aventura de Proteo y El tiempo. Un año después obtiene su diploma de estudios superiores con su trabajo Ciencia y percepción en Descartes. El trabajo, la acción verdadera, conforme a la geometría —dice en ese texto— es la única manera de unir en nosotros a los dos seres que somos, el ser pasivo que sufre el mundo y el ser activo que se impone a éste.

En el invierno de 1930, le atacan fuertes dolores de cabeza para los que buscará largamente alivio (finalmente, casi una década más tarde dan con el diagnóstico acertado: Sinusitis frontal larvada, y se inicia un tratamiento de coagulación de los senos frontales).

En 1931 es nombrada profesora de filosofía en la pequeña ciudad de Le Puy, donde trabajará hasta el año siguiente. En lo sucesivo desempeñará ese cargo en Auxerre 1932-33 y en Roanne 1933-34. Es una época de activa participación en sindicatos, debates en defensa de los obreros y llega a considerar su adhesión al partido comunista.

Animada por el deseo de conocer la realidad contemporánea hace un viaje a Alemania en 1932 y a su retorno escribe numerosos artículos sobre la situación de los obreros en aquel país. Tras el ascenso de Hitler, ella colabora con los refugiados alemanes brindándoles hospedaje en su casa, recolectando dinero y defendiendo su situación en debates y apariciones públicas. Esta actitud la lleva a reunirse en su casa con Trotsky quien ha criticado un texto suyo.

Prosigue su incansable labor en el movimiento obrero causando revuelo y verdaderos escándalos con las afirma-



ciones de sus textos publicados en revistas como La revolución prolétarienne. Siempre buscando una existencia al lado de los trabajadores de las fábricas, trabaja de "embaladora" en Ét. Carnaud y de "obrero especializada" en Renault. Producto de dicha experiencia publica su Journal d'usine (Diario de fábrica).

En 1935 viaja a España y Portugal. Allí tiene el primer contacto con el catolicismo. De pronto —dice— tuvo la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no pueden dejar de adherir a ella, y yo entre ellos.

En el verano de 1936 viaja nuevamente a España, pero esta vez a enrolarse en la columna internacional de Buena Ventura Duruti en la guerra civil, por solidaridad a los anarquistas españoles. Lamentablemente, poco después, su miopía hace que no vea una sartén con aceite hirviendo que está en el suelo del campamento y sufre graves quemaduras en un pie. Su padre llega a cuidarla y la convence de retornar a Francia.

Al año siguiente publica su artículo No volvamos a empezar la guerra de Troya y viaja a Montana, Suiza, para someterse a un tratamiento contra los dolores de cabeza, las secuelas de la quemadura y una anemia que le impide dar clases todo un año. Luego, se dirige a Italia, país que deseaba conocer desde hacía mucho.

Poco después en un segundo viaje a Italia escribe en una carta: "Allí, estando sola en la pequeña capilla romana del siglo XII de Santa María degli Angeli, una incomparable maravilla de pureza donde San Francisco rezó muy a menudo, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas". Su vocación adolescente por la poesía vuelve a aflorar y escribe el poema Prometeo y se lo envía a Paul Valéry quien lo lee con aprobación.

Trabaja como docente por última vez en Saint-Quentin cerca de París, donde los fuertes dolores de cabeza le obligan a pedir licencias cada vez más largas. Escribe incansablemente tanto en Vichy —donde permanece dos meses tras la huida de París junto a sus padres la víspera del arribo de las tropas alemanas— como en Marsella. Allí publica su ensayo sobre la llamada y redacta siete de los once cuadernos de Marsella.

El 14 de mayo de 1942 parte hacia los Estados Unidos. Lee el Bhagavad-Gita, los Upanishads y comienza estudiar sánscrito. Inicia un diálogo religioso con su viejo amigo el dominico Joseph-Marie Perrin. Tras una estancia en el campo de refugiados de Casablanca en Marruecos, zarpa a Nueva York y toma el viaje como una huida. A su llegada se interesa por la situación de los negros de Harlem y asiste a los servicios dominicales de una iglesia bautista en ese distrito. Escribe los Cuadernos de América.

No deja de escribir cartas a sus amigos y personas influyentes y comprometidas. Ha decidido retornar a Europa y al partir hacia Inglaterra el 10 de noviembre de 1942 les dice a sus padres: Si tuviera varias vidas, les dedicaría una a ustedes, pero sólo tengo una.

En Liverpool tras su arribo es detenida dieciocho días en un cuartel. Luego, ya en Londres vive con una viuda y dos hijos a quienes Simone ayuda con sus deberes. Opina sagazmente sobre temas jurídicos políticos y administrativos, revisando propuestas para la nueva constitución de Francia con miras a la posguerra. Pero sufre al ver que su proyecto de colaborar como enfermera en la Europa ocupada le es negado por la alta peligrosidad del propósito. Solo come el mínimo de racionamiento que rige en Francia y el 15 de abril de 1943 la encuentran inconsciente en el suelo de su habitación. Le diagnostican tuberculosis no muy grave pero su resistencia a alimentarse empeora las cosas.

Es internada y logra restablecerse brevemente. Continúa leyendo y escribiendo. Oculta la gravedad de su estado a sus padres y poco después es trasladada a Ashford, Kent pues la atmósfera del hospital la oprimía. Allí muere el 24 de agosto. Siete personas asisten a su entierro y un ramito de flores atado con una cinta de la bandera francesa es dejado en su tumba.

En 1972 se funda en París la Asociación para el estudio del pensamiento de Simone Weil que publica la revista trimestral Cahiers de Simone Weil y el Bulletin de liaison de l'Association pour l'étude de la pensée de SW.





María Negroni: (*)

H.D. El pre

Poesía y poética. Notas acerca de algu

Confieso—en relación con H.D.—un interés reduccionista y arbitrario. De su extensa y complicada biografía, sólo me interesan dos curiosidades. La calidad de su exilio y, ya en plena literatura, su flirteo con la épica. Ambos gestos yuxtapuestos, me parecen, ofrecen una suerte de imagen doble, vital y literaria, la cifra de un destino y una escritura. No veo otra razón a mi tacañería que la intriga que siempre me producen los gestos excesivos. Y, en este caso, ambos gestos lo son.

El exilio, cuya duración fue extremista (no volvió), denuncia para empezar un desplante de marca mayor, una animosidad general contra el mundo recatado y luterano de Bethlehem, Pennsylvania, donde se crió. Después: un hábito y una maestría, la afición a la ruptura y la capacidad de hacerla irrevocable. Hasta donde sé, hasta donde se ha filtrado en la obra, el episodio juvenil con Pound (con quien compartió, como se sabe, un amor virulento, y también una ambición eficiente y apurada) y la huida conjunta de Bethlehem tuvieron peso fundador: H.D. comienza allí la construcción del personaje de sí misma. De ahí en más, el modelo se reiterará, abriendo nuevas tierras de adopción, afectos, y después nuevas pérdidas, y así sucesivamente. Lo que se hace, diría Pavese, se volverá a hacer e incluso ya se ha hecho en un pasado lejano.

Un exilio de esta naturaleza, por lo demás, nunca es sólo un hecho histórico; es también un mecanismo emocional, una forma de responder a los diques que la realidad impone al deseo. Dado su carácter voluntario, se edifica sobre un crecimiento y una pérdida, una afirmación de independencia y una clausura del pasado. En la disyuntiva, naturalezas como las de H.D. prefieren agudizar el deseo aun a costa de ceder provincias enteras de sí mismas. Es una cuestión de intensidad. También de cierto desapego, acaso un descrédito de lo que se reputa permanente. El resultado es una vida que se parece a una estética de fragmentos.

En el Londres snob de la Primera Guerra, así, se le conocerán un marido (Richard Aldington, poeta menor), varios amantes (entre ellos, D.H. Lawrence y Cecil Gray, que es quizá el padre de su hija Perdita); todos—sine qua non—bohémios, inteligentes, figuras paternas. Casi en seguida, un divorcio.

Es para H.D. una época dura, durísima. Menos teñida por el escándalo y el dolor de la guerra que por un esfuerzo inaudito en el trabajo y un desconcierto frente a las críticas que ponderan su poesía como "un arte estrecho pero perfecto, un arte que bordea lo precioso y por donde se cuelga un lustre que compensa cierta delgadez en la concepción" (Amy Lowell). Son años de búsqueda febril, de ambivalencia frente al rótulo de imagista con que Pound la catapultó a la fama y al mismo tiempo, paradójicamente, la condenó a un estilo aún no conquistado. Se ha quedado sola o, lo que es peor, sin quien le "explique" su trabajo, la sostenga estética y emocionalmente. Y H.D. no será nunca (lástima) una mujer reducida a sí misma.

Una crisis la devuelve, por fin, a su destino con más fuerza. Le trae esta vez a una mujer: Anne Winnifred Ellerman, alias Bryher.

Lo que sigue, y persiste hasta su muerte en 1961, podría contarse como un cuento de hadas. Hija de una magnate naviero y ella misma un espíritu mecánico (vicario), Bryher tenía la virtud de la curiosidad en arte y un olfato certero. Estaba, además, perdidamente enamorada. Sacó de la galera un sueño un viaje por las islas de Egeo, Grecia y Egipto que duraría un año y, además aunque de modo menos evidente, ofreció un hogar, sentido común y el sostén económico que requiere toda vida dedicada a la literatura y a los viajes. ¿Qué pedía a cambio? ¿Comparar con H.D. su inestabilidad, su posibilidad de crear? ¿Burlar, acaso ella también, la vigilancia familiar?

No logro ocultar cierta alarma. Algo en estas dos mujeres se me escapa. Por momentos, no veo más que un lujo asiático en un crucero reiterado e infinito. Veo a Bryher, en su traje de hombre, en su rol de metteur en scène cuidadosa y comedida, organizando la vida familiar y literaria de H.D. Veo a H.D., cuaderno en mano, traduciendo a Eurípides, en un juego de seducciones cruzadas, presidiendo un salón sin sede fija en Europa, nombres y relaciones importantes, Eisenstein, los Sitwell, la Bauhaus, Joyce, Herman Hesse. Incómoda y despótica, como quien recibe sin derecho y lo sabe. Estricta en sus horarios de trabajo, distante, confinando a Perdita a institutrices, inlemados, a otras ciudades, otra gente. Inexplicable y contenta en el período en que entra en el consultorio de Freud en Viena, a diario. En Londres, bajo el ruido de las bombas, en el amor con Sylvia Dobson, en la correspondencia incesante con el ex marido (Aldington era un admirador incondicional, no era cuestión de perderlo), en el reencuentro epistolar con Pound en la vejez, como quien cierra un círculo. Otras veces, se borra todo y me queda la imagen esquelética y sobria de una compulsión. Es H.D., escribiendo en sus cuadernos de presa.

De su libro mayor, Helen in Egypt, de sus "Cantos", como ella los llamaba, podría decirse que es un libro difícil, narcisista, obsesivo: alto teatro. Lo escribió casi a los 60 años, cuando los viajes se apagaban, cuando estaba por empezar su retiro en Lausanne primero, después en la Künstler Klinik de Lugano. Quiero decir, cuando el estúpido empezaba a ser cierto, interno, se había macerado en memoria. No fue su último libro. Acaso fue el primero, en un sentido cabal, el que la vuelve necesaria, el que traza una órbita hacia atrás iluminando sus libros previos.

Como un fruto maduro, Helen recibe de H.D. todo lo que ésta ha estudiado (la cábala, el tarot, el esoterismo, el misticismo), lo que su prosa ha vencido y su poesía cultivado y odiado. Lo recibe y lo altera. Lo cose en un libro cuyo fin es fundar un sitio: un lugar amablemente anárquico donde la ausencia sea tal que el sentido de extranjería se diluya.

Dije alto teatro. Quise decir: ausencia de histrionismo. El suyo es un discurso que rehúye la representación y los gestos grandilocuentes en beneficio del recitado atonal, de la mera narración de cosas que han ocurrido antes, afuera de la escena no cabe duda: H.D. compartía las ideas de Duras sobre la relación entre texto y teatro, su convicción de que la representación es inútil cuando el drama entero está en las palabras. Yo agregaría que Helen in Egypt subvierte además otras lealtades. La lírica se imprime allí sobre otros géneros, los corroe, los desfigura, quedando a su vez tergiversada. Estos "Cantos" son mucho más que cantos. O cantan y narran, indisolublemente. Son, también, ejercicio ininterrumpido de diversas compensaciones. Lo nuevo que turba con lo conocidísimo que calma o halaga. El fragmento narrativo (y un cierto tono epistolar) con la coda y la



sentencia, el reproche con la imagen, el bello sentimiento con el himno de rencor.

Comparado con sus libros de juventud con su época imagista, el logro es doble. No es que haya dejado de ser razonadora ni que sus melodramas, ahora, sean otros. (Toda imaginación que se precie es reducida). Lo que ocurre no ha variado, sólo se ha convertido en prodigio. Hay aquí una construcción rabiosa, hecha de mitos y chispas de la inteligencia, como quien se lanza a la búsqueda desesperada de esa imagen que simbolice toda su experiencia.

No fue H.D. de esos artistas que sorprenden por su precocidad y que a menudo padecen la desventaja de sus hallazgos, y de su soberbia. El estilo vítreo del comienzo, el temor de no saber dejarse sufrir y la tentación de hermoear que conlleva este tipo de lírica sólo son desechados (conquistados) al final. Lo que escribe está traspasado por un hábito de contemplarse nunca satisfecho, por el aguijón de ciertas escenas o ideas fijas que se resisten a encontrarse en su ley interna. H.D. es una poeta tardía que encontrará final su monólogo. La búsqueda afanosa se ha resuelto

pá





estigio de la épica

Los aspectos de la poesía de Hilda Doolittle



del poema de H.D. un modelo cultural alternativo (femenino) y lo vuelve, de un tirón, pasible de propaganda.

Indudable: la idea de una épica reconstruida, una épica del choraú antimasculina y antibélica tiene su impronta política. Lástima que no me explica la manía griega de H.D. desde los libros tempranos, cuando la epopeya todavía está ausente. A mi modo de ver la cuestión es menos simple. Necesita menos del pensamiento académico (que se complace en aplicar a las obras conclusiones sacadas a raíz de otras cosas) y de cierto pensamiento joven (que es imperitante pero dogmático).

¿Cómo explicar, por ejemplo, a la luz de sus enunciados, esta poesía pulverizada, su matriz precisa y eficaz, su aversión a las charlas y, en general, al exabrupto? ¿Cómo fundamentar su relojería lírica y formal? Nada más ajeno a la poesía de H.D. que la pura sensorialidad desordenada del chora, en ella hasta el odio es estilizado. Imposible también adecuar a este esquema la probada indiferencia de H.D. frente a la guerra (a toda conflagración que no fuera la poesía) y en general, la repugnancia que le producía la política. H.D., estoy segura, no hubiera aceptado la turbación didáctica como justificativo de la creación. Como buena artista, no hizo una proclama; transformó en valores estéticos sus debilidades, como quien violenta y ajusta sus gestos a una composición que crea, para entenderse.

Para expresarme quizás con más claridad, yo también leo Helen in Egypt como un sitio de resistencia (toda obra que se precie lo es): mi divergencia apunta a la calidad de esa resistencia. Me pregunto si disponer todo un argumento, con su escalada de romance, traición, pérdidas, deseo sexual, adulterio, alienación y ambición como una serie de imágenes nítidas sobre un enorme telón fantástico no es ya bastante subversión. Si al posponer las audacias formales (la magia de una narrativa que no se resuelve a progresar ni a repetirse, personajes que no se sabe si existen o son proyecciones, un espacio que fluctúa entre albergar acontecimientos o ser mera memoria), Du Plessis no está siendo un tanto avara. Si no hay, oculta y sutil en su interpretación, una tendencia a deslindar emoción e inteligencia.

Por mi parte, sin olvidar que el bautizo de H.D. ocurrió en una época en que lo griego era sinónimo de retorno y pureza y por ende credo ferviente de artistas y escritores, sostengo que el arsenal imaginario, simbólico y estético de Grecia resume en el caso de H.D. una ambivalencia. Un atrevimiento y una sumisión. Ambos ocurren en forma simultánea.

Decir Grecia implicaba decir aura, institución, canon. ¿Qué mejor que disputar desde esa aureola con Pound, Aldington, D.H. Lawrence y todos los mentores que siempre se buscó y que después no sabía cómo sacarse de encima? ¿Qué mayor astucia que usar la mitología, entendida en sentido amplio, como alegoría personal?

Uso de la convención, en otras palabras, como coartada para imponer un reconocimiento, aunque al hacerlo hiciera un pacto con otra dependencia, otra norma.

Hay aquí, si no recuerdo mal, una coincidencia con la biografía. En el enfrentamiento, en la rebelión, un mundo autoritario es suplantado por otro. El mundo familiar con Pound, Pound por Aldington y D.H. Lawrence, éstos por el poderío económico (y paternal) de Bryher, y así. Aunque el segundo término por el que se opta, claro, ofrece más oxígeno al comienzo y permite crecer por un rato y eso es lo que cuenta. La poesía, en otras palabras, conoce como la vida la concesión como modo de ganar progresivamente espacios.

No, no logro ver en la gesticulación poética de H.D. un

afán antiépico. Veo más bien lo opuesto, un intento desesperado de hallar para sí un lugar prestigioso desde el cual explayar una competencia. Y a la vez un refugio que la protegiera de sí misma, de la culpa, permitiéndole compensar —gracias al peaje de la sumisión al género— la falta de haberse atrevido. La doble faz del gesto es evidente.

¿Estoy diciendo que fue presuntuosa o débil? Las dos cosas. Al elegir el mundo épico (por siglos coto privado de hombres, en esto —es obvio— tiene razón Du Plessis), eligió lo más difícil: la transgresión era grande. Había adivinado que la gloria más alta es la anónima y que la grandeza de una obra aumenta en proporción al pasado que contiene. Pero eso no la llevó a dar cátedra. Prefirió algo menos edificante o más sutil: jugó con figuritas de sí misma (Helena era por azar (i) el nombre de su madre), hizo de cada torpeza, rabia o enredo psicológico algo intencional, oyó las intermitencias de la culpa, y se dejó atravesar por el sentimiento de traición. Quería dar con un ritmo intangible, personísimo que arrojava cierto encantamiento sobre las cosas. Pudo componer una obra bella. Su mérito fue hábil.

Todo Helen in Egypt respira las atmósferas huecas y fascinantes del exilio, el extravío, la precariedad de esas imágenes que somos los seres humanos, las mezquindades y ritornellos de la atracción sexual, a la vez que vuelve a contar una de las historias más eternas del gusto literario.

En una Isla Blanca, Helena hace su apología, conversa con fantasmas y también con el fantasma de sí misma. Huye hacia delante, hacia otro sometimiento. Veo en este libro, y en el vaivén vital de H.D., una situación endeble, contradictoria y por eso me conmueve. Veo aquí su modernidad. Acaso estemos ante un caso de humildad paradójica y de un destino humano no ejemplar. Muy bien. H.D. será una poeta legible, y acaso también necesaria.



gina

SIMON ■ HILDA
E ■ MARIANO
JOSE ■ CARLOS
JEAN ■ BURGOS
MONTAG ■ GUSTAVE
■ CARTAS A
MOISE ■ LLE
DE CHAMTEPIE ■



6

ir
al
n

tativo de la cultura heroica, cuyo énfasis reside en la guerra y es, por ende, una meditación sobre las causas de ésta y una condena. La conclusión implícita de este alegato hace

página 5

Roque Dalton

Roque Dalton Poeta salvadoreño nacido en 1935. Publicó: *La ventana en el rostro* (1962), *El turno del ofendido* (México, 1964), *Miguel Mármol* (Costa Rica, 1972?), *Pobrecito poeta que era yo...* (Costa Rica, 1975), *Monografía sobre El Salvador* (La Habana, ??), *Taberna y otros lugares* (Premio Casa de las Américas 1969), *Poemas clandestinos* (El Salvador, 1975), *Historias prohibidas del pulgarcito* (México, 1975), *Un libro rojo para Lenin* (póstumo; Managua, 1987). Murió en 1975



A LA CARTA

Sírvame la ópera Madame Butterfly
término medio
con salsa de maní picante
y un poco de gobierno español
con trocitos de invierno.
Después me trae a un soldado de la Primera Brigada de Artillería
en completo estado de ebriedad
un par de mirtos
la erupción del Krakatoa
y el servicio postal a la luz de la filosofía.
De beber
algo que no desmaye en su difícil pero honrosa tarea.
Los postres se los pediré después.
Ah
y palillos de dientes.

BALLET

Para B. H.
El último vagón ha matado al cisne
Su mayor enemigo fue la mancha de barro
y he aquí que hoy sus estertores anegan
de suciedad los trajes de los traseúntes.
Los niños ríen y traen varitas agudas
para rematarlo a estocadas.

EL DESCANSO DEL GUERRERO

Los muertos están cada día más indóciles.
Antes era fácil con ellos:
les dábamos un cuello duro una flor
loábamos sus nombres en una larga lista:
que los recintos de la patria
que las sombras notables
que el mármol monstruoso.
El cadáver firmaba en pos de la memoria:
iba de nuevo a filas
y marchaba al compás de nuestra vieja música.
Pero qué va
los muertos
son otros desde entonces.
Hoy se ponen irónicos
preguntan.
Me parece que caen en la cuenta
de ser cada vez más la mayoría.

ALGUNAS NOSTALGIAS

Encallecido privilegio este orgulloso sufrir,
no se ríen.
Yo, que he amado hasta tener sed de agua, luz sucia;
yo que olvidé los nombres y no las humedades,
ahora moriría fieramente por la palabrita de consuelo de un ángel,
por los dones cantables de un murciélago triste,
por el pan de la magia que me arrojara un brujo
disfrazado de reo borracho en la celda de al lado...

COMO TÚ

Yo, como tú,
amo el amor, la vida, el dulce encanto
de las cosas, el paisaje
celeste de los días de enero.
También mi sangre bulle
y río por los ojos
que han conocido el brote de las lágrimas.
Creo que el mundo es bello,
que la poesía es como el pan, de todos.
Y que mis venas no terminan en mí
sino en la sangre unánime
de los que luchan por la vida,
el amor,
las cosas,
el paisaje y el pan,
la poesía de todos.

ESTUDIO CON ALGO DE TEDIO

"Clav: --llora...
Hamm: "Luego vive".
(Diálogo de "Fin de Partida" de Beckett.)
Tengo quince años y lloro por las noches.

Yo sé que ello no es en manera alguna peculiar
y que antes bien hay otras cosas en el mundo
más apropiadas para decirlos cantando.

Sin embargo hoy he bebido vino por primera vez
y me he quedado desnudo en mis habitaciones para sorber la tarde
hecha minúsculos pedazos
por el reloj.

Pensar a solas duele. No hay nadie a quien golpear. No hay nadie
a quien dejar piadosamente perdonado.
Está uno y su cara. Uno y su cara
de santón farsante.
Surge la cicatriz que nadie ha visto nunca,
el gesto que escondemos todo el día,
el perfil insepulto que nos hará llorar y hundimos
el día en que lo sepan todo las buenas gentes
y nos retiren el amor y el saludo hasta los pájaros.

Tengo quince años de cansarme
y lloro por las noches para fingir que vivo.
En ocasiones, cansado de las lágrimas,
hasta sueño que vivo.

Puede ser que vosotros no entendáis lo que son estas cosas.

Os habla, más que yo, mi primer vino mientras la piel que
sufro bebe sombra

José Franz Medrano Solares:

A propósito del Gral. Rufino Carrasco

(Segunda y última parte)

El doctísimo Carrete y Domínguez en las páginas 263, 264 y 265 de su célebre *Guía de la Provincia de Potosí (1787)* publicada en la Villa Imperial en 1952, nos pormenoriza que Atacama (denominado Dpto. del Litoral en la república) era uno de los seis partidos del Potosí colonial. Esta innegable realidad, se refleja en la *Carta Geográfica* sacada en limpio en julio de 1787 por Don Hilario Malavez en escala de veinte leguas inglesas, y la cual está rubricada por Juan W. Chacón y José Rodríguez M., como grabador. (Fuente: *Geografía del Dpto. de Potosí* de Alfredo Tapia Vargas).

En cuanto a jurisdicciones se refiere, muy pocos conocen que Tarja también fue otro de los partidos de la Villa Imperial colonial, y luego una provincia del Potosí republicano. Germinada Bolivia,

Atacama (con el apelativo de Litoral), se independizó de la jurisdicción potosina mediante el decreto de 1.º de julio de 1829 promulgado por el gobierno de Santa Cruz. Similarmente, dos años después, la provincia de Tarja desmembrándose del departamento de Potosí, se erigió en un nuevo departamento merced a la ley de 24 de septiembre de 1831 sancionada por el Mariscal de Zepita.

Es evidente que los tarjeños patrióticos y concientemente quisieron pertenecer a Bolivia, en lugar de anexarse a la Argentina; empero, es una incontestable realidad histórica que, el territorio tarjeño (ancestralmente unido geográficamente al partido de Chichas, y separado de éste en 1785 por el intendente español Juan del Pino Manrique), primero correspondió al Kollasuyo y después al Potosí colonial y republicano. Por consiguiente, de acuerdo a los términos ecuanímenes del *Uti Possidetis de 1810*, derivados de la herencia y la tradición, era justo y lógico que Tarja como Atacama se constituyeran en territorios de Bolivia.

Manuel Frontaura Argandoña, autor del libro *El Litoral de Bolivia*, respaldándose en los hallazgos de Max Uhle, Mildendorf, D'Orbigny y otros estudiosos de las poblaciones autóctonas asentadas en el Litoral boliviano arrebatado por Chile, sustenta que los antiguos pueblos atacameños pertenecieron a las evolucionadas y arcaicas unidades bioculturales de los chipayas, urus, aymaras y quechuas. Los rastros imborrables de las civilizaciones Aymara e Inca en Atacama y sus playas fueron ratificados irrefutablemente por el carbono catorce e incontables estudios de arqueología.

Otro acaecimiento que los chilenos dejan fadadamente en el tintero es que, el Inca Tupac Yupanqui, conquistó la bárbara y rezagada araucanía haciéndose fuerte en el poblado de Atacama, que ya integraba el Kollasuyo la cellima cuarta parte del siglo XV. A partir de ese tiempo, los Incas sujetaron a los salvajes, pero valerosos araucanos por más de sesenta años, señoreamiento que concluyó con el arribo de los españoles al Valle del Copiapó comandados por Pedro de Valdivia.

En esta memorable campaña de sometimiento araucano, emprendida precedentemente por Diego de Almagro en 1536, los audaces y ambiciosos españoles organizados en el Alto Perú fueron financiados por la plata de Porco, yacimiento precolombino distante a diez leguas del Sumac Orko; este cellimo monte, recién fue revelado a los hispanos en torno a 1545. Es necesario precisar que, los primeros españoles que marcharon en pos del Reino de Chilli, estuvieron firmemente respaldados por contingentes de guerreros quechuas, aymaras, atacamas e intrépidos chichas (éstos, a decir de ciertos cronistas, los preferidos del Inca por su valor y lealtad). Son miles los testimonios fidedignos que, como los anotados, secundan irrefutablemente los derechos de Bolivia sobre Atacama y sus costas en el Pacífico desde tiempos prehispánicos. Postular lo contrario es pecar de cinismo o estupidez.

El Estado boliviano al verse obligado a firmar dolosamente el *Tratado de 1904* por Chile, no perdió en absoluto su potestad de reivindicar sus derechos sobre el Litoral patrio, ya que ningún acto injusto e ilegal puede causar estado de acuerdo al Derecho Internacional contemporáneo.

Los bolivianos informados sabemos que las dos causas primordiales para la Guerra del Pacífico fueron: los inescrupulosos intereses anglo-chilenos sobre el guano y el salitre de Bolivia y Perú, y la ambición araucana por la supremacía en el Mar del Sur. La ley que gravaba con diez centavos cada quintal de salitre exportado por la *Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta*, sumada a la patriótica nacionalización del salitre boliviano oficialada por el gobierno de Hilarión Daza ante la negativa insolente de pagar dicho impuesto por la precitada compañía, fueron el pretexto y el detonante para la Guerra de 1879.

A las voracidades del capitalismo anglo-chileno, se mancomunaron traidoramente los apellidos utilitarios y desleales de la oligarquía minero-feudal boliviana encabezada por Aniceto Arce, Narciso Campero y otros doctores y generales camarilleros que, confiándose con los memorialistas liberales involucrados en el despojo, falsificaron lo sucedido e hicieron recaer todos los desastres de la guerra en el limitado, pero insubornable Hilarión Daza. En nuestros días, el ejemplo nefasto de aquel entreguismo antinacional y delincuencia del pasado, encamó demoníacamente en



Viejo retrato del legendario Gral. Rufino Carrasco salvaguardado por el Dr. Horacio Torres Guzmán, pariente consanguíneo del Héroe de Tambillo.

sujetos como Sánchez de Lozada y sus secuaces, así como en sus pedantes apologistas mercenarios; todos éstos transfirieron hace muy poco nuestras empresas y recursos naturales estratégicos a la avaricia de las empresas transnacionales. No satisfechos de su angustia y maldad, estos profetas del Apocalipsis, hoy conspiran junto a tenebrosos intereses extranjeros la fragmentación de Bolivia para continuar saqueando su fantástica biodiversidad. E lo mismo que ayer.

Análogamente, en el Perú, siempre serán conmemorados como traidores, corruptos e ineptos el presidente Manuel Ignacio Prado que abandonó Lima en plena Guerra del Pacífico llevándose consigo la astronómica suma de 6.621.540.000 soles oro, el dictador Nicolás de Piérola y su bolcote a los aliados en la batalla del Alto de la Alianza, Agustín Belaunde y su desertión de Arica, el General Juan Buendía y el Coronel Belisario Suárez por sus descalientos e ineptitudes tácticas en Pisagua y San Francisco y, otros tantos protervos personajes.

La mayoría de las personalidades peruanas apuntadas ut supra, insulsumente desdeñaron el plan defensivo expuesto por el Ministro de Instrucción boliviano Julio Méndez, consistente en atraer al poderoso ejército chileno hacia el Ande para poder luchar exitosamente contra los invasores araucanos en cada quebrada, ventisquero y despeñadero de las montañas, cual pumas embravecidos; el apoyo logístico británico a la artillería de los navíos enemigos en la costa y la preponderancia de sus sofisticadas armas, así lo exigían. La estrategia formulada estaba respaldada por las atrevidas prácticas guerrilleras de los altopopuños contra las otrora bien pertrechadas fuerzas realistas, contando con un partidario singular y natural por excelencia, el "Gral. Puna", también adjetivado entonces como el "Gral. Sorjiche" por el presidente Daza.

La sagaz y oportuna proposición del Dr. Julio Méndez, apadrinada perspicazmente por Hilarión Daza, fue desestimada mezquina y obtusamente por el Alto Mando Militar peruano que, a la postre, tratando de encubrir sus propias transgresiones y pecados, fementidamente intentó desplomar todo el peso de la ignominia y el infortunio de la contienda en las magras y estoicas espaldas bolivianas. Estos pomenores históricos casi desconocidos, no pretenden salvaguardar indecorosamente las vilezas y los equívocos de los conductores bolivianos, sólo procuran restituir la veracidad de lo acontecido.

Mas, no todo fue oprobio y deshonor en el ejército confederado, porque también hubieron paladines titánicos que no vacilaron en ofrendar sus vidas en resguardo de la patria, entre los destacados: Grau, Bolognesi y Ugarte en el Perú. En Bolivia, el inmortal Eduardo Abaroa, el "Cometa" Mamani del regimiento Dalence y, el pospuestero Rufino Carrasco que inspira la presente publicación. En relación al héroe de Tambillo, cursa en manos de mi felino acompañante y colatorador, un *boceto biográfico inédito* e incompleto perteneciente al Presbítero Simeón Torres Carrasco (1898-1985), cuyo padre (Subteniente Hilarión Torres), batalló hombro a hombro

junto a Abaroa en el Puente del Topáter en 1879, y luego junto a los aliados en San Francisco en 1880. Los cellimos nombrados, resultan ser el genitor y el abuelo del Dr. Horacio Torres Guzmán, nacido en Santa Elena (Incahuasi-Cintí) el 5 de octubre de 1930, ex Diputado y Senador de la república y, ex Ministro Secretario del presidente Hernán Siles Suazo, además de pariente consanguíneo por línea paterna del Gral. Rufino Carrasco.

En lo fundamental la referida biografía elucida que, el Gral. Rufino Carrasco, nació en Talina (Sud Chichas) el 10 de julio de 1817, siendo su padre Manuel Carrasco, sargento mayor del Escuadrón Guías; extrañamente de su madre no existen referencias. De acuerdo a la biografía señalada, muy mozo se alistó en el ejército durante el gobierno del Mariscal Santa Cruz, viendo engendrarse y surgir la Confederación Perú-Boliviana. Seguidamente, recibió su bautizo de fuego en Yanacocha y Socabaya en 1836. Igualmente, estuvo en las inmemoriales contiendas de Humahuaca, Iruya, Montenegro y en los gloriosos campos de Ingavi. A continuación, conjuntamente a Mariano Melgarejo y sus coraceros, rebasando las sanguinolentas barricadas de marzo de 1865, irrumpió en el palacio de gobierno y vio perecer al *ata* Belzu en manos de sus correligionarios. Gracias a esta delirante e intrépida acción fue ascendido de capitán a mayor. En febrero de 1875, Rufino Carrasco, ya como coronel, fue nombrado Jefe del Estado Mayor de Cochabamba. Poco tiempo después, sería protagonista de la proverbial Batalla de Tambillo.

A propósito, O'Connor D'Arfach describió que, en cierta ocasión, Rufino Carrasco, junto a otro oficial de los alamos *Colorados de Bolivia*, se plantó impávido frente al presidente Melgarejo para que éste, con su arma de fuego, hiciera puntería sobre su kepi. Su admirable imperturbabilidad en este acto suicida fue gratificada por el achispado e ignorante despota con otro ascenso militar.

Por todo lo expuesto, resulta inconcebible que Bolivia no le tribute al Gral. Rufino Carrasco ningún homenaje póstumo correspondiente a sus méritos de héroe nacional. En las calles, avenidas y plazas de los nueve departamentos de nuestro país, se puede advertir con pasmo que los nombres y apellidos de Aniceto Arce, Narciso Campero y otras alimañas que cometieron delitos de lesa patria, se enseñorean y perpetúan, mientras el egregio nombre del héroe de Tambillo es irracionalmente proscrito. Únicamente el gobierno de la U.D.P. designó a un cantón con su nombre en la primera sección de la Prov. Sud Chichas de Potosí, mediante la Ley No. 699 de 28 de enero de 1985; por contrapartida, las demás capitales y provincias del país le omiten desatinada e irrespetuosamente.

Desde el 10 de febrero de 1947, los restos mortales de Rufino Carrasco, que casi se extraviaron en años anteriores, descansan en el mausoleo destinado a los patriotas orureños en la Capital de Sebastián Pagador. Paradójicamente, el alcalde de esa ciudad, mediante la Ordenanza Municipal de 5 de febrero de 1947 había declarado a Rufino Carrasco "Hombre Notable de Oruro", ante la indiferencia de sus coterráneos potosinos y la indolencia del Poder Central.

Trasciende que, en cierta capital provincial cercana al sitio del nacimiento de Rufino Carrasco, sus moradores, en lugar de solicitar a Oruro las cenizas del héroe para inhumarlas con honores, candidamente le rinden pleitesía a la estatua del magnate Felix Avelino Aramayo. Este acaudalado señor, junto a su ingrata estirpe, luego de abandonar a sus obreros con los pulmones despedazados y dejar a las principales bocaminas chicheñas saqueadas, cual dádiva, concedieron unas migajas de su cuantiosa fortuna al aguerido pueblo que bregando rudamente les ayudó a transformarse en una de las castas más ricas de América del Sur. Hoy, los churquis chicheños, emblemas vegetales de heroísmo por su dureza, fuerza y constancia, parecen erigirse adustos exigiendo justicia histórica para el Gral. Rufino Carrasco.

(*) José Franz Medrano Solares (el Gato),
Abogado, escritor y músico
E-mail: medrano_solares@yahoo.com

Milagros de la pintura boliviana

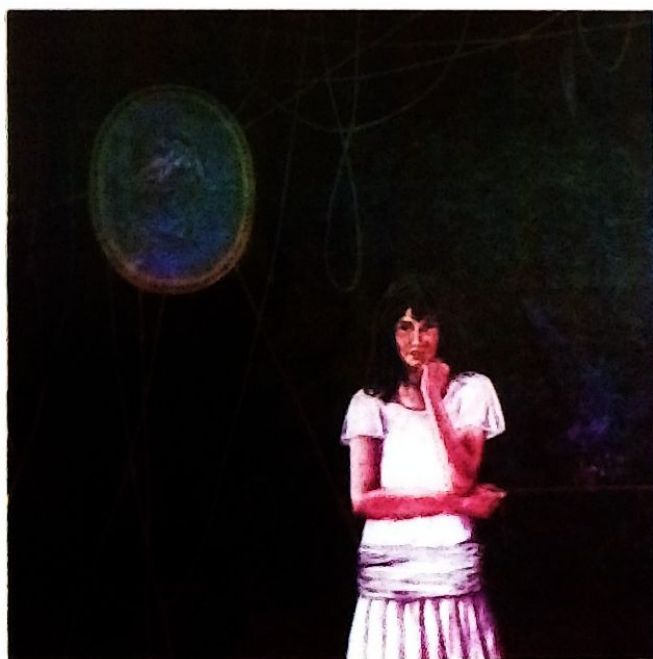
GUIOMAR MESA



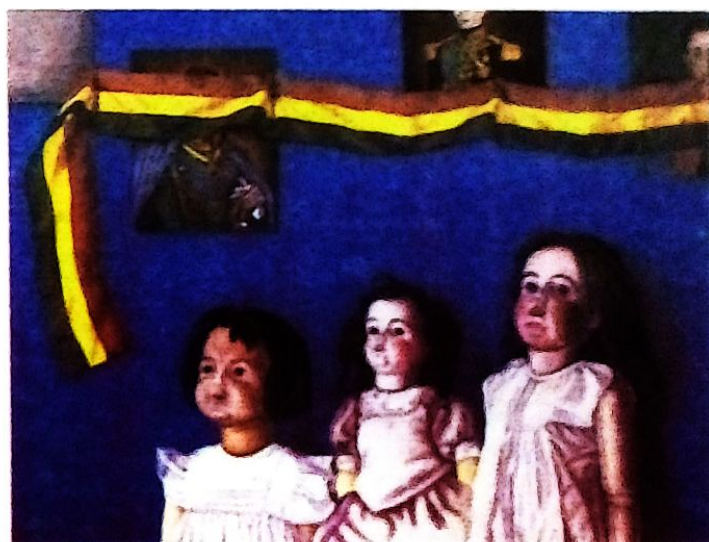
Para penetrar en la motivación de estas creaciones plásticas, es preciso encontrar a la artista. Ella está en la multiplicidad de su Automatismo y mira de soslayo, más con límites que desconfianza. En su mundo de niña no falta la muerte. En el entorno de la mujer ya está la belleza con órbitas vacías. En el universo de la artista, todo está dispuesto para comenzar la obra: papeles, cartones, tubos, cajas y demás materiales destinados a una labor de creación.

El tema del paisaje andino es comprensible ante la presencia inevitable de soberbias montañas, altiplano infinito y un horizonte donde la tierra se besa con el cielo. La composición plástica toma formas de exquisitas policromías mostrando, además, dos formas de comprender la Creación.

Dios, como ser supremo, vivió en el alma de la artista en los días de una niñez encaminada por senderos de intensa devoción, cuando su cuerpo respiraba en los corredores del colegio, convento, el aire de la brisa santificada. En transcurso del tiempo trocó la espiritualidad en carne y pensamiento. La sacralización del mito religioso fue el primer paso. Más tarde el sincretismo sería la más clara expresión de sus ideas respecto al mito andino.



"Alma mía no te vayas", Óleo 150 x 150 m.



"Himno Nacional", Pintura